

que muchos procurarán entrar y no podrán. Después que el padre de familia se levanta y cierra la puerta, comenzareis desde fuera a llamar a la puerta diciendo: Señor, señor, ábrenos: y respondiendo él os dirá: No os conozco, ¿de dónde sois? Entonces comenzareis a decir: Delante de tí hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Y os dirá: Digoos que no conozco de dónde seáis: apartaos de mí, todos los obreros de iniquidad. Allí será el llanto y el crujir de dientes cuando viereis a Abraham y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros excluidos. Y vendrán del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodía, y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. Y hé aquí que son los últimos los que eran los primeros y que son primeros los que eran los últimos.» La oración final del sermón va evidentemente dirigida contra los fariseos engreídos de su religiosidad, pero que solo se aplicaban a cumplir los deberes rituales y no daban importancia a los morales.

Este juicio futuro fija el valor de los deberes de esta vida, pues en muchas parábolas compara Jesús a los hombres con servidores cuyo amo se ha marchado de viaje y les ha dejado encargos que cumplir durante su ausencia dándoles parte de su hacienda para beneficiarla, o para dar trabajo y alimento, como era debido, a los demás criados, o bien para dirigir toda la casa. De esta manera motiva Jesús en un sentido enteramente nuevo la idea de lo que el hombre debe a Dios. Los mandamientos del Antiguo Testamento tienen por base que el pueblo de Israel se debe mostrar digno de Dios; mas Jesús amplifica la idea del deber, diciendo que Dios repartiendo dones impone también deberes y que el hombre debe cuenta al donador del empleo de los bienes. Esta idea era completamente nueva e inaudita todavía así en el desarrollo religioso del Antiguo Testamento como entre los paganos.

Esta idea se repite bajo una forma algo diferente en el pasaje siguiente: «Y cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria. Y serán reunidas delante de él todas las gentes: y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda. Entonces el rey dirá a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui huésped y me recogisteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado y me vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos? ¿ó sediento y te dimos de beber? ¿y cuándo te vimos peregrino y te recogimos? ¿ó desnudo y te cubrimos? ¿ó cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel y te visitamos? y respondiendo el rey, les dirá: En verdad os digo, que al hacer eso con uno de estos mis hermanos pequeñitos, conmigo lo hicisteis.» A esto sigue como contraste la conversación del rey mesiánico con los despreciados, que concluye así: «En verdad os digo que no habiéndolo hecho con uno de estos pequeñitos, tampoco conmigo lo hicisteis.» El final de estos últimos es: «É irán estos al tormento eterno, y los justos a la vida eterna.» La importancia de esta parábola consiste en la alusión a los deberes morales del hombre. Lo que éste hace por el prójimo necesitado lo debe a Dios y aquí es de notar que Jesús al dirigirse a los rechazados les echa en cara sus pecados por negligencia, y es una prueba del elevadísimo juicio de Jesús el haber equiparado siempre los pecados por negligencia a los pecados mortales, y así lo hace también en la parábola del rico y del pobre Lázaro: «Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y daba cada día

banquetes espléndidos; había también un mendigo llamado Lázaro, cubierto de llagas, el cual estaba echado a la puerta del rico, procurando hartarse de las migajas que caían de la mesa; y aun los perros venían y le lamían las llagas.» El final de la parábola nos presenta al rico en el infierno y dice que los hombres sin misericordia no se arrepentirían si no habían aprendido las lecciones de Moisés y de los profetas. Obsérvese que en esencia no vitupera esta parábola la vida del rico y solo encuentra mal que este rico no haya ayudado al pobre que estaba echado junto a la puerta de su casa. La misma idea se encuentra también en la parábola del samaritano misericordioso. En esta parábola dice Jesús que un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y en el camino cayó en manos de ladrones que le despojaron y le dejaron medio muerto; llegaron primero un sacerdote y luego un levita por el mismo camino, y si bien debían conocer la voluntad de Dios, pasaron sin cuidarse del infeliz; pero pasó también un samaritano por aquel lugar, y viendo al herido, movido a misericordia, le vendó las heridas y poniéndole sobre su cabalgadura le llevó a la posada, donde lo socorrió, y cuando tuvo que marcharse cuidó de que no le faltara nada durante su ausencia. El samaritano consideró en el judío herido un prójimo suyo, procediendo de un modo muy diferente del de los sacerdotes judíos, para los cuales el herido debía ser mas prójimo. No cabe duda que Jesús expresa aquí claramente la idea de una comunidad de amor entre todos los hombres y todos los pueblos, y es también indudable que esta comunidad de amor no es para Jesús sinónima del reino de Dios; porque según indica, los hombres con sus obras deben formar gradualmente la comunidad del amor, mientras el reino de Dios ha de venir por disposición de Dios repentinamente como el ladrón nocturno.

Hay aquí por supuesto uno de los puntos mas difíciles al tratar de penetrar en el círculo de ideas de Jesús. Tenemos una frase de Jesús en la cual dice: «Tiempo vendrá en que querais ver uno de los días del hijo del hombre, y no lo vereis, y os dirán: hélo aquí, ó hélo allí. No vayais, ni sigais.» Aun cuando no se quiera considerar esta expresión como auténtica, no faltan otras análogas que presentan la misma idea; como la respuesta de Jesús a los fariseos que le preguntaban cuándo llegaría el reino de Dios: El reino de Dios viene sin ser anunciado y no se dice aquí ó allá está sino que está dentro de vosotros (es decir, que es invisible y no puede ser señalado, cuando por lo dicho hasta aquí debería aparecer de golpe y ser visible en todas partes). Podría pensarse por lo mismo que este pasaje ha sido arreglado, pero no es creíble porque existen multitud de expresiones análogas; como las dos parábolas del tesoro oculto del campo y la perla preciosa encontrada por el mercader, que ya hemos explicado, y que suponen la posibilidad de encontrar el reino de Dios en la tierra; pero mucho mas claramente se expresa esta idea por el crecimiento sucesivo del reino de Dios en dos otras parábolas. «¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo compararé? Semejante es al grano de mostaza, que tomándolo un hombre le sembró en su huerta; y creció, y se hizo árbol grande, y las aves del cielo hicieron nido en sus ramas. Y otra vez dijo: ¿A qué compararé el reino de Dios? Semejante es a la levadura, que tomó una mujer, y la introdujo en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado.» Estas dos parábolas parecen contradecir la idea de la llegada súbita del reino de Dios; pero debe considerarse que Jesús quiere decir con el grano de mostaza y la levadura que él con sus sermones llegará a fundar el reino de Dios, que bajo este concepto representa un fruto del trabajo de Jesús. En efecto, en otras partes habla Jesús también de los frutos del hombre, y en la parábola del sembrador distingue hasta cua-

tro terrenos diferentes en los cuales cae la semilla de la palabra de Dios. Estos terrenos son el de la indiferencia, el de la superficialidad, el de la debilidad contra la seducción y el de la paciencia y fidelidad. Si a esto se agrega que Jesús estaba convencidísimo de que con su ideal de vida ofrecía a los hombres una bienaventuranza sin rival, se comprenderá que consideraba en sus sermones como existente el reino de Dios, sin que por esto renunciara a las esperanzas del porvenir de su pueblo.

Tocante a esta bienaventuranza que a Jesús y a sus discípulos producía el conocimiento de Dios, y del ideal de vida que este conocimiento implicaba, tenemos las siguientes hermosísimas palabras: «Yo te alabo, ¡oh padre! Señor del cielo y de la tierra, que escondistes estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños; porque así te agradó. Todas las cosas me son dadas por mi padre, y nadie sino el padre sabe quién es el hijo, ni nadie sabe quién es el padre, sino el hijo, y aquel a quien el hijo lo quiere revelar.» Aquí expresa Jesús en los términos mas modestos y humildes su convicción de ser el único que conoce al padre y que es conocido y comprendido de él, y luego dice a sus discípulos, indicando el gran bien que les ha proporcionado dándoles a conocer a Dios: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís y no lo oyeron.» Ya hemos dicho antes que Jesús pedía a sus adeptos la ruptura y renuncia completa de sus relaciones de parentesco; y en esto dió el ejemplo a sus discípulos, pues una vez quisieron verle su madre y hermano, y entonces Jesús, mirando a los que le escuchaban y rodeaban, les dijo: «Ved aquí mi madre y mis hermanos, porque cualquiera que hiciera la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre.» En otra ocasión reprendió a una mujer que ensalzaba en estos términos a su madre: «Bienaventurado el vientre que te trajo a los pechos que te amantaron. Y él le dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.» La expresión mas breve y mejor conservada de Jesús tocante a lo que pedía a los hombres, es la siguiente: «Dar es mas bienaventurado que tomar.»

Una idea de la tradición judía sirvió a Jesús para unir su ideal de vida con la idea mas nacional de Israel. Jesús entendió la visión del hijo del hombre del libro de Daniel en el sentido del contraste de la venida de un reino de humanidad elevada contra los imperios existentes entonces con su crueldad y ferocidad bestiales. Jesús representó la venida de este hijo del hombre en las nubes del porvenir, pero por esto quiso que se realizara en seguida el mencionado ideal; y cuando habla del hombre como debe ser según su ideal, emplea la frase el hijo del hombre, ya en general, ya refiriéndose a sí propio. Así es que hablando del hombre en general dice: «El hijo del hombre es señor del sábado, porque Dios ha hecho el sábado para el hombre.» «Las zorras (las personas desvergonzadas y falaces) tienen cuevas, y las aves (las personas livianas) de los cielos tienen nidos; mas el hijo del hombre (el hombre noble que vive fiel a la palabra de Dios) no tiene donde reclinarse la cabeza.» En igual sentido habla Jesús de sí al decir el hijo del hombre come y bebe, mientras el Bautista, que exageraba la virtud, no comía ni bebía. En otro pasaje encarga Jesús a sus discípulos que cifren su ambición, no en sobreponerse uno al otro, sino en ayudarse mutuamente: «Como el hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.» Aquí habla Jesús evidentemente de su persona, mas solo para servir de ejemplo a su comunidad; y lo mismo hace en este pasaje: «Porque el hijo del hombre no ha venido para perder

las almas de los hombres, sino para salvarlas.» Lo mismo encarga aquí sin duda a sus discípulos.

De esto podían ya sacar sus discípulos una consecuencia que sacaron muy tarde y que él probablemente jamás sacó en público hasta que al fin fué preguntado solemnemente en el sanhedrin, a saber: si él era el Mesías, pregunta a la cual contestó afirmativamente, conforme era por cierto su conciencia en el último período de su vida pública.

En sus excursiones llegó Jesús a la comarca de Cesarea Filipos, y en el camino preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen las gentes que soy? Y ellos respondieron, y dijeron: Unos dicen que Juan el Bautista; otros que Elías; y otros, que algun profeta de los antiguos ha resucitado. Y les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Simon Pedro, dijo: El Cristo de Dios (el Mesías). Mas él les mandó que no hablasen de esto entre sí.»

Este es un hecho notabilísimo; porque según los testimonios concordantes de la tradición es cierto que Jesús creyó ser el Mesías, pues que a última hora, en vista de la muerte, se confesó tal; y si no lo confirmó antes en términos claros, no fué ciertamente por temor al peligro a que se exponía él y exponía a los suyos, porque ya sabía que su muerte estaba decidida desde que había atacado la santificación farisaica del sábado, dado a conocer su opinión respecto de lo que era puro é inmundo y dirigido otros ataques contra los jefes del pueblo. El mismo nos explica en la siguiente expresión su silencio respecto de su calidad de Mesías: «No deis lo santo a los perros ni echéis perlas a los puercos para que no las aplasten con sus piés y no os destrocen.» Se puede admitir sin esfuerzo que este fué el motivo que le indujo a prohibir a sus discípulos que divulgaran que él era el Mesías, porque las personas que no comprendían sus sermones, tampoco habrían comprendido su calidad de Mesías y le habrían considerado como un enemigo del orden establecido. Si Jesús se expresaba en presencia de sus contrarios, por no faltar a la verdad, en términos que habían de perderle, no juzgó prudente ser mal comprendido si se declaraba el Mesías. Es posible, pero no mas que posible, que Jesús en aquella ocasión diera el nombre de Pedro (Kephás) a su discípulo Simon, que le había dicho en nombre de los demás discípulos que le creían el Mesías. Este hecho es tanto mas dudoso cuanto que Pedro no fué, según las indicaciones de Jesús, el individuo sobre el cual quiso fundar una nueva comunidad como sobre una roca; cuanto mas que Jesús difícilmente pensó en fundar una comunidad: ésta nació mas por efecto de las circunstancias que por la intención determinada de su fundador (1).

Lo que Jesús dedujo evidentemente de la declaración de Pedro, fué la seguridad de su próxima muerte. En esta convicción empezó a instruir a sus discípulos respecto del triste destino que le aguardaba. Les dijo: que el hijo del hombre iba a padecer mucho, que sería condenado por los ancianos y príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y también les predijo su muerte, pero al mismo tiempo les exhortó a no acobardarse y a conservar su fe, y entonces fué seguramente cuando para consolarlos les recordó las palabras del profeta Oseas: «Venid, y volvámonos a Jehova: que él nos arrebató, y nos curará, nos hirió, y nos vendará. Darános vida después de dos días; al tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él.» Mas Simon no quiso oír hablar de la muerte del Mesías, y entonces le reprendió Jesús duramente: «Apártate, Satanás, porque tú no piensas lo que está en la intención de

(1) Los hechos están en contradicción con las opiniones que aquí expresa el autor. Si Jesús no hubiera querido fundar una comunidad, ¿para qué habría elegido doce apóstoles que predicasen luego su doctrina? (N. del T.)

hospedándose en su casa, por lo cual fué naturalmente criticado, pero el publicano en cambio le recibió muy gozoso, y Jesús dijo: «Hoy ha venido la salvación a esta casa, porque también él es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.»

Poco después llegó Jesús a Betania, cerca del monte de los Olivos, donde se había propuesto alojarse durante su permanencia en Jerusalén, de modo que es de suponer que descansara allí antes de entrar en la capital.

Por desgracia la tradición no ofrece ninguna seguridad respecto de los últimos días de Jesús, y lo único que parece seguro es que murió un viernes. Es muy probable que este viernes fuera el 14 de Nisan, en cuyo día, al ponerse el sol, debía matarse el cordero de Pascua. Una tradición dice, no obstante, que Jesús murió el 15 de Nisan, el día de la fiesta principal de los judíos; y además el historiador tiene que luchar con las exigencias de la celebración de la Semana Santa cristiana. Una fuente antigua pone: 1.º la entrada de Jerusalén en el domingo; 2.º la purificación del templo en lunes; 3.º las controversias en martes; 4.º la unción en Betania el miércoles; 5.º la última cena en jueves; y 6.º la muerte en viernes; pero la otra tradición, que es la única que fija la muerte de Jesús precisamente en el 14 de Nisan, pone la unción de Betania en domingo y la entrada de Jerusalén en lunes, sin dar más explicaciones que las generales respecto de los sucesos de los días siguientes; de suerte que aquí también debemos seguir la descripción en general.

Jesús entró en Jerusalén montado en un pollino; sus compañeros extendieron sus mantos y ramas en el camino y gritaron: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» Si esta relación es exacta (y tiene en su forma más antigua una introducción muy extraña) demostrará la resolución de Jesús de llamar la atención de la gente de Jerusalén; pero el grito de Hosanna no designaba todavía al Mesías, sino simplemente al profeta enviado a realizar en la tierra la justicia del reino de Dios. En efecto, todo indica que Jesús se propuso que hubiera una manifestación de su doctrina que resonara lejos sin que por esto se llamase públicamente el Mesías. Estando ya en Jerusalén, entró en el templo, donde encontró en el atrio a los cambistas, vendedores de palomas y todas las mesas de venta que todavía hoy se encuentran junto a toda catedral de fama. Pronto estuvo resuelto, y en un acto simbólico inteligible para todo el mundo demostró a la gente de Jerusalén que él había ido para purificar el culto israelita. Principió por arrojar del templo a vendedores y compradores; derribó después las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas, y no dejó pasar ningún vaso por el santuario, diciendo: «¿No está escrito que mi casa ha de ser casa de adoración para todos los pueblos? Y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.» Semejante acto no habría sido posible sin el auxilio de sus discípulos, aunque la gente se figure a Jesús con el azote en la mano como se le ha representado posteriormente en esta ocasión. De todos modos, tuvo el acto el carácter no solamente de ataque al orden público, sino también de violación del derecho de tercero, y habría dado lugar a la prisión inmediata de Jesús si no hubiese tenido éste a su favor una gran parte de la población, ya que no de Jerusalén, a lo menos de la forastera que había acudido para celebrar la Pascua. Por esto fué menester que los jefes se contuvieran, y le preguntaron con qué derecho procedía de aquella manera, a lo cual contestó: «Destruid este templo y en tres días volveré a levantarlo.» Con esto solo pudo querer decir que la gente de Jerusalén hasta entonces había profanado el templo y que él le volvía a santificar; y aun si le destruyeran del todo, lo reemplazaría en

brevísimo tiempo. Según otra tradición, dijo: «Quiero destruir este templo hecho a mano y dentro de tres días quiero elevar otro que no esté hecho a mano.» Esto significaría, si fuera auténtico, que Jesús no solamente iba a purificar el templo a la fuerza, sino que su intención era derribar todas las formas del culto que hasta entonces se había practicado. Luego veremos que ya en los primeros tiempos no se había conservado el recuerdo exacto de lo que había dicho Jesús en esta ocasión, y solo puede admitirse que la primera versión corresponde más al pensamiento de Jesús; porque en aquel momento seguramente no debió de pensar en la destrucción del culto y solo quiso ejecutar un acto de purificación recordando la expresión del Antiguo Testamento, que el destino original del templo era el de ser una casa de oración. Al ser preguntado con qué derecho hacía aquello, contestó: «Yo también os haré una pregunta y si la satisficéis os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿del cielo o de los hombres?»

Hay que conocer el afán de controversias de aquella sociedad para comprender que la contestación de Jesús puso a sus adversarios en confusión. Si hubiesen declarado a Juan Bautista por un enviado de Dios, habrían levantado una acusación terrible contra Herodes Antipas, que tenía el mando supremo dentro del sagrado recinto del templo; y si hubiesen negado a Juan la misión divina, habrían comprometido su propia popularidad. Por esto, en lugar de rechazar simplemente la pregunta de Jesús, declararon que no lo sabían, y entonces les dijo él, seguramente entre los aplausos de la multitud: «Ni yo os digo con qué autoridad hago esto.» De todos modos se desprende de este caso la grandísima influencia que Juan Bautista había ejercido sobre Jesús, el cual fundó su autoridad en la del Bautista. Tampoco éste había procedido conforme quería la rutina de la ley, lo cual le había atraído la enemistad de los jefes de escuela, que sin embargo no se atrevieron a vituperarle ni a poner en duda su misión divina. Así, pues, se podía ser enviado de Dios sin ser reconocido como tal por los sabios y doctores de la ley. Mas esto no satisfizo a Jesús, que contestó además a los enviados del sanhedrín con algunas parábolas; y para ser mejor entendido por la multitud acudió a la parábola de Isaias que compara al pueblo de Israel con una viña dotada por Dios de las mejores cualidades, pero que solo había producido bayas silvestres, por lo cual debía ser destruida. Continuando en cierta manera la parábola, dijo Jesús: «Hubo un padre de familia que plantó una viña y la cercó de vallado; construyó en ella un lagar, edificó una torre, la dió en renta a labradores y se partió lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para que los recogiesen. Mas los labradores, apresando a los siervos, al uno hirieron, y al otro mataron, y al otro apedrearon. Envío de nuevo otros siervos, mas que los primeros, é hicieron con ellos lo mismo. Y a la postre les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y tomemos su heredad. Y prendiéndole, le echaron fuera de la viña y le mataron. Pues cuando viniere el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Dícenle: A los malos destruirá miserablemente, y su viña dará en renta a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Díceles Jesús: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: la piedra que desecharon los que edificaban, fué puesta por cabeza de esquina: el Señor lo hizo así, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?» Este pasaje último está tomado del salmo 118, del cual también se había sacado el grito de Hosanna con ocasión de la entrada de Jesús en Jerusalén. Si se admite, como lo permiten el asunto y el estado de la tradición, que Jesús pronun-

ció este discurso el mismo día de su entrada en Jerusalén, se podrá encontrar en esta cita del pasaje del salmo una confirmación de la exactitud de la tradición respecto del uso de este salmo a la entrada de Jesús en Jerusalén. Jesús debió de conmovirse al advertir el recibimiento que se le hizo, y por esto se acordó de otro pasaje del mismo salmo.

Veamos ahora lo que expresa aquella parábola. Desde luego la viña significa como en la parábola de Isaias el pueblo de Israel. La partida del amo a tierra lejana, es un rasgo común en las parábolas de Jesús que tratan del juicio que el señor celebrará a su vuelta. En la presente parábola el juicio consiste en que el señor mata a los asesinos y da la viña a otros. Los labradores son evidentemente los jefes del pueblo, que matan a los enviados de Dios; lo cual recuerda por lo pronto la muerte de Juan Bautista, cuya muerte no habría tenido efecto sin la aprobación de la nobleza sacerdotal y del partido fariseo. Pero Jesús no piensa en este caso particular, sino en el hecho general de que los maestros del pueblo rechazan a los profetas. En la parábola matan también al hijo de Dios, que era el mismo Jesús, conforme éste ya lo sabía desde su bautizo, y en ella se confiesa tal hijo de Dios y como seguro de que ha de morir, lo cual ya no puede sorprendernos. Sin embargo, lejos de unir su muerte con la destrucción de su obra, anuncia claramente en la misma parábola, que los jefes actuales de su pueblo perderán su jefatura, la cual será confiada a otros. Estos serán en la intención de Jesús sus discípulos y los que le sigan, pues así resulta del pasaje del salmo que cita tocante a las piedras desechadas que después vienen a ser las principales en el edificio. El suceso concluye así: «Y pensando cómo prenderle temieron al pueblo, que le tenía por profeta.» Por eso se retiraron sin molestarle.

Ya en Galilea se había exasperado la opinión de los partidarios de la ley contra Jesús; y a la sazón los jefes del pueblo decidieron que no convenía que Jesús celebrara la Pascua en libertad, pues había turbado con violencia el orden en el templo, se había declarado ante el pueblo superior a los profetas é hijo querido de Dios, y había pronosticado la ruina a los jefes del pueblo. Esto, en efecto, era mucho ya en tan corto tiempo como hacía que se hallaba en Jerusalén, y solo se trataba de apoderarse de su persona. Para esto era lo más sencillo y eficaz presentarle como rebelde al gobierno romano, cosa al parecer muy fácil, atendida la franqueza temeraria é inaudita con que se expresaba delante de la autoridad eclesiástica. Para sorprenderle mejor, se le enviaron fariseos, esencialmente enemigos del régimen pagano, y herodianos, que deseaban en lugar del yugo romano un reino judío independiente como al parecer lo había logrado Herodes el Grande. Estos enviados se dirigieron a Jesús hipócritamente en términos aduladores: «Maestro, le dijeron, sabemos que eres amante de verdad, que enseñas con verdad el camino de Dios, y que no te curas de nadie, porque no tienes preferencia de personas (obsérvese aquí la falacia de los enviados, para los cuales la franqueza de Jesús era evidentemente una grandísima necesidad): dínos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito pagar tributo al César o no?» Esto era una pregunta capciosísima y doblemente peligrosa, tanto si negaba la legitimidad del tributo como si la confirmaba, porque en el primer caso habría tenido en su contra la autoridad romana, y en el segundo caso perdería una gran parte de su popularidad en el pueblo; y ambas cosas deseaban sus enemigos. Pero Jesús, entendiendo su malicia, les dijo: «¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Entonces les dice: ¿De quién es esta figura y lo que está encima de ella escrito? Dícenle: Del César. Y responde: Dad, pues, al César lo que es del Cé-

sar y a Dios lo que es de Dios.» «Y oyendo esto se maravillaron, y dejándole se retiraron,» dice la tradición, y en efecto esta sentencia pronunciada rápidamente y como sin premeditación, arroja una nueva luz sobre la historia política y religiosa del porvenir. Con estas palabras el génio religioso más grande que presenta la historia universal pronunció la emancipación de los Estados políticos respecto de la tutela eclesiástica.

Jesús, que no cesaba de inculcar en todos los ánimos la profunda regeneración religiosa y moral del hombre, no creyó que el servicio bien entendido de la autoridad real era un obstáculo al servicio verdadero de Dios. Entonces los saduceos en su presunción, pensando que podrían desacreditar a Jesús, que acaso les parecía un héroe de moda, creyeron que lo mejor sería ridiculizarle, y una vez puesto en ridículo no causaría ya miedo. Decidieron, pues, ponerle en ridículo por la fe en la resurrección que había profesado en todos sus discursos acerca del juicio futuro. A este fin le contaron un caso singular. A fin de que no se extinguiera ninguna familia israelita mandaba la ley que la viuda del varón muerto sin sucesión directa se casara con su cuñado, y que los hijos que resultaran de este matrimonio fuesen considerados como hijos del marido difunto. Pues bien, los saduceos contaron a Jesús que una mujer había tenido que casarse de esta manera sucesivamente con siete hermanos sin concebir ningún hijo de ninguno de ellos, y preguntaron después a Jesús: ¿De cuál de los siete hermanos será esposa el día de la resurrección? Los que escuchaban debieron de creer que contra esto no había medio de contestar con ventaja; pero Jesús rechazó victoriosamente el lazo, diciendo: «Errais ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Porque en la resurrección ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo. Y de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que se os ha dicho por Dios: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Israel, y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.» Esta es una refutación admirable, digna y apropiada al caso. Jesús no entró en el camino mezquino de someter al cálculo humano los caminos de Dios y dijo a sus engreídos enemigos que no tenían idea del poder de Dios y que si los resucitados eran iguales a los ángeles, ¿qué sabían ellos de ángeles? La refutación probó además la exactitud de la fe en la resurrección, para lo cual aduce un pasaje de la Sagrada Escritura, cuya fuerza no está en la Escritura misma sino en la fuerza de convicción de la idea de Jesús. En la Sagrada Escritura se llama al Señor muchas veces «el Dios de los mayores» muertos desde largo tiempo, y Dios recuerda a un descendiente la fidelidad que ha conservado a sus antepasados; por manera que esto no podría ser, concluye Jesús, si su fidelidad hubiese tenido fin con la muerte de aquellos a quienes la mostró, y como la fidelidad de Dios no tiene fin, tampoco puede tener fin la vida del hombre al cual Dios ha prometido fidelidad; pues Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos. Estas no son especulaciones superficiales, sino que son religión pura.

Habíanse convencido los enemigos de Jesús de que no había medio de hacerle caer en un lazo por el lado de sus doctrinas con palabras capciosas, de suerte que solo quedaba el medio de la fuerza brutal; mas entretanto que preparaban su ruina, tuvo Jesús todavía ocasión de ejercer su influencia sobre la población de Jerusalén. Un doctor de la ley le preguntó por el mandamiento más grande, y entonces le designó Jesús dos mandamientos de igual valor é importancia, a saber: el mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas y el de amar al prójimo como a sí mismo. En esta ocasión refirió probablemente Jesús la parábola del samaritano caritativo

Dios, sino lo que está en la mente de los hombres.» Jesús comprendió que para salvar su vida tendría que renegar de la verdad, y por esto rechazó las advertencias tentadoras de Pedro, pero al mismo tiempo dijo á sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame.» Jesús fué el primero que usó la palabra de negarse á sí mismo, y tomó la otra expresión de llevar su cruz de la costumbre que obligaba á los criminales á llevar ellos mismos su cruz al lugar de su ejecución. Jesús recomendó, pues, á sus discípulos que llevaran con paciencia los males que Dios les destinaba hasta su doloroso fin, entendiendo que toda la vida es un paso dado en el camino de la crucifixion y que los sufrimientos de la vida son estaciones de la muerte final. No se puede saber hasta qué punto previó Jesús los padecimientos y la muerte que le aguardaban; pero el motivo que indicó á sus discípulos que debía determinarlos á llevar los suyos con paciencia se encuentra en este pasaje: «Porque cualquiera que quisiera salvar su vida, la perderá; y cualquiera que perdiere su vida por causa de mí, ese la salvará. ¿Qué aprovecha al hombre el granjearse todo el mundo, si él se pierde, ó padece detrimento? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de este tal el hijo del hombre se avergonzará cuando viniere en su gloria, y en la gloria del padre, y de los santos ángeles. Y en verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.» Jesús dice, pues, que la persona que quiera ser reconocida por el hijo del hombre el día del juicio no debe apartarse de sus palabras. Aquí hay que notar que cuando Jesús habla del juicio nunca lo hace presentándose como juez, sino con el respeto tradicional. Esto, aunque en muchos pasajes lo haya borrado la tradición, se descubre casi siempre con facilidad. Debe notarse también que Jesús, siguiendo á los antiguos profetas, considera el día del juicio como próximo, lo cual constituye un rasgo importante para el dogma, jamás negado por la Iglesia, de la verdadera humanidad de Jesucristo. Todavía puede seguirse la marcha de esta idea desde el no cumplimiento de la profecía hasta su última interpretación, que consiste en la negación de la misma humanidad de Jesús.

El destino de Jesús se dirigió rápidamente á su fin. Herodes Antipas había tenido noticia de él y quiso hacerle matar para complacer á los fariseos; y cuando Jesús supo esto, dijo: «Id, y decid á aquella zorra: yo expulso y daré la salud hoy y mañana, y al tercer día; pero es menester que hoy y mañana y pasado mañana camine, porque no conviene que ningún profeta muera fuera de Jerusalén.» Ya hemos hablado de las expresiones figuradas empleadas por Jesús respecto de su misión y de sus sermones, pero es importante ésta de Jesús que anunció claramente su marcha á Jerusalén como su marcha á la muerte. Es de suponer que en el tiempo de la persecución los discípulos de Jesús se vieran asediados por sus parientes para que dejaran á su maestro, y probablemente fué en un momento de estos en que debían decidirse los discípulos, cuando Jesús dijo: «Fuego vine á poner en la tierra. ¿Y qué he de querer sino que se encienda? Con bautismo tengo de ser bautizado, y cómo me angustio hasta que sea cumplido! ¿Pensáis que he venido á la tierra á dar paz? No, os digo, sino disension. Porque estarán de aquí en adelante cinco en una casa divididos, tres contra dos y dos contra tres. El padre estará dividido contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra.» En estos días vió Jesús también la proximidad del juicio de Dios, y advirtió de ello á su pueblo. «Cuando veis la nube que sale del Poniente, luego decís: agua viene, y es así. Y cuando sopla el austro decís: habrá calor, y lo hay. ¡Hipócri-

tas! Sabeis examinar la paz del cielo y de la tierra, ¿y cómo no conoceis este tiempo? ¿Quién de vosotros mismos no juzga lo que es justo? Pues cuando vas al magistrado con tu adversario, procura en el camino librarte de él; porque no te arrastre al juez, y el juez te entregue al exactor, y el exactor te ponga en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta el último óbolo. De consiguiente, haced penitencia, porque estais en el camino de la casa del juez.»

La tradición ha conservado la última visita de Jesús á Jerusalén relativamente con suficiente fidelidad. Desde Cesarea-Filipos atravesó la Galilea y se detuvo al paso otra vez en Cafarnaum, donde había vivido antes. Desde allí pasó á la Perea, donde se le preguntó respecto de la legalidad del divorcio, que Jesús negó rotundamente, y añadió que todo casamiento de persona divorciada era adulterio. Cuando se expresó con tan solemne gravedad sobre la indisolubilidad del matrimonio, es de suponer que opinara que el único matrimonio legal era el monógamo. Los discípulos gustaron al parecer muy poco de este modo de ver, porque le dijeron: «Si así es la situación del hombre respecto de su mujer, no conviene casarse.» A lo cual Jesús contestó: «No todos reciben esta palabra, sino aquellos á quienes es dado recibirla. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; y hay eunucos, que han sido hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos que se hicieron eunucos á sí mismos por causa del reino de los cielos; el que pueda ser capaz de eso, séalo.» De la primera parte de este pasaje resulta que Jesús no entendió la tercera parte literalmente, porque en realidad no hay eunucos verdaderos de nacimiento, y lo que quiso decir Jesús evidentemente fué que hay personas que por su naturaleza no están inclinadas al matrimonio; y por esto quiere decir la última expresión que hay personas que por amor del reino del cielo renuncian al matrimonio, de lo cual sin duda Jesús era un ejemplo. El que comprende que está destinado á una vida ambulante y llena de peligros hace bien en renunciar á las dichas del matrimonio. Es, sin embargo, un testimonio brillante de la robustez de la doctrina de Jesús en general que esta expresión de Jesús no ha dado en el curso de la historia sino excepcionalmente motivo á exageraciones, cuando la mutilación de sí mismo estaba cabalmente entonces muy extendida en el Oriente semítico en el repugnante culto de Atis. Por otra parte, debe tenerse presente que cuando Jesús dijo esto era porque tenía una idea elevadísima del matrimonio, en el cual el contacto sexual entraba para él solo en lugar secundario; y á estas circunstancias debe atribuirse que la mujer no sea en el cristianismo inferior al hombre en el concepto moral. En esta santificación y elevación del matrimonio encuéntrase los fundamentos trascendentales de una nueva forma de vida social y de familia; y á esto pertenecen también las expresiones de Jesús relativas á los niños, respecto de lo cual se refiere un hermoso caso. Fueron presentados niños á Jesús para que los tocara; pero sus discípulos los quisieron apartar, lo que hizo decir á Jesús. «Dejad á los niños, y no les impidais acercarse á mí, porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiendo puesto sobre ellos las manos los bendijo.» Háse disputado mucho sobre la significación de las palabras de los tales es el reino de los cielos; y es sin embargo muy sencillo entender esta frase en el sentido de que el hombre debe tomar como niño el reino de Dios, pues de otra manera no se entra; lo que significa evidentemente que el camino más seguro de llegar al ideal humano que Jesús predicó, era educar á las personas desde su niñez, porque el niño es accesible á cuanto se le quiera acostumbrar, es un terreno virgen que conserva las buenas ideas primitivamente adquiri-

das. Así se comprende también esta otra expresión de Jesús: «Si no os volveis como los niños, no entrareis en el reino de los cielos.» Por esto dió Jesús tanta importancia á que la educación de los niños no se dirigiese por caminos extraños. «Y á sus discípulos dijo: Imposible es que no vengan escándalos; mas ¡ay de aquel por quien vienen! Mejor le fuera si le pusiesen al cuello una piedra de molino, y le lanzasen al mar, que escandalizar á uno de estos pequeñitos.» Al hacer Jesús de la familia la columna de la moralidad social quitó de una vez á sus adeptos todo motivo para dedicarse á una vida ascética, en lo cual procedió en perfecta conformidad con sus demás costumbres, tan opuestas á las de Juan Bautista respecto de alimentacion y vestidos, como opuestas á los fariseos respecto de evitar todo contacto con la multitud rechazada y despreciada.

Otro suceso que despues llegó á tener grandísima trascendencia en la historia del dogma ocurrió al parecer en su viaje por la Perea. Un jóven rico se le presentó y arrojándose á sus piés le dijo: «Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?» Jesús enfrenó su entusiasmo en seguida diciéndole: «¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno sino uno, á saber, Dios.» Esta observación de Jesús es naturalmente muy molesta para los que no quieren admitir en Jesús una diferencia entre lo real y lo ideal, ni cuando el mismo Jesús lo atestigua con sus propias palabras como en este caso. Jesús indicó, pues, al jóven en términos sencillos el camino de la vida eterna. «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos: no matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; no dirás falso testimonio; honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á tí mismo. Dícele el mancebo: Todo esto guardé desde mi juventud: ¿qué mas me falta? Dícele Jesús: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; ven, y sígueme.» Este consejo correspondía á la situación en que se hallaba Jesús, que quería pasar con sus discípulos á otra parte; pero gustándole el jóven y queriéndole ganar á su doctrina, había de arrancarlo á sus bienes terrenales. Se ha deducido de aquí sin razón ninguna que Jesús establecía una diferencia entre el camino usual de la salvación que consiste en el cumplimiento de los diez mandamientos, y el camino extraordinario, que consiste en la pobreza voluntaria; pero como Jesús declaró expresamente á aquel mancebo que todavía le faltaba algo, resulta que el primer camino no basta por sí solo; y como en otra parte se mostró Jesús muy distante de ver el estado ideal del hombre en la pobreza voluntaria, resulta que en el presente caso esta pobreza voluntaria era solo el medio de poder seguir á Jesús. Graves palabras fueron las que añadió Jesús cuando el jóven rico se hubo retirado triste y sin contestar; pues «entonces Jesús dijo á sus discípulos: En verdad os digo que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Mas os digo, que mas liviano trabajo es hacer pasar un cable por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.» Háse querido entender por cable una caña y por el ojo de una aguja una puerta, pero sea de esto lo que fuere, el objeto de Jesús era pintar la dificultad casi igual á la imposibilidad, y cuando sus discípulos le preguntaron espantados: «¿Quién, pues, podrá salvarse? contestó Jesús: Para los hombres imposible es esto, mas para Dios todo es posible.» Aquí se ve como Jesús supo apreciar exactamente la fuerza de la tentación y la fuerza de la resistencia del hombre, lo cual le había de convencer de nuevo de la infelicidad de la condición humana, que estriba justamente en la impotencia del hombre de resistir al pecado (1).

(1) Idea falsa que niega la libertad, y tomada en sentido absoluto,

Aquí hay que mencionar todavía otro caso que sucedió durante su última excursión por la Perea. Los dos hijos del Zebedeo, ó según otra tradición, su madre, se acercaron á Jesús y le dijeron: Maestro, quisiéramos que nos concedieses lo que te vamos á pedir. «Y él dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Dí que se sienten estos dos hijos míos, el uno á tu mano derecha y el otro á tu izquierda en tu reino.» Esto nos prueba cuánto interesaba á los discípulos de Jesús la idea de tener el Mesías entre ellos. Jesús les contestó: «No sabeis lo que pedís: ¿podeis beber el vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo en que yo soy bautizado? Ellos le dicen: Podemos. Y él añade: A la verdad mi vaso beberéis; y en el bautismo con que yo sea bautizado, lo seréis vosotros (es decir, que compartireis mi pasión y mi muerte): mas el sentaros á mi mano derecha ó á mi izquierda, no está en mi poder darla sino á aquellos para quienes está preparado por mi padre.» Jesús estaba, pues, plenamente convencido de que iba á la muerte, y podría ahora preguntarse por qué lo hacía, pero ya hemos visto cuando Jesús reprendió tan duramente á Pedro el querer éste desviarle de su propósito, que Jesús consideraba su pasión y muerte como cosa decidida por Dios, y sin duda ninguna estuvo igualmente persuadido de su resurrección y gloria futura. A Herodes había enviado á decir que un profeta no debía morir fuera de Jerusalén. En Galilea estaba Jesús seguro de que moriría; pero en Jerusalén, el centro de la nación judía, no podía hacerse morir tan á la callada como á Juan Bautista en la plaza apartada y pequeña de Maquero; y por esto fué Jesús á Jerusalén para morir allí. Otra cosa hay todavía notable en la respuesta dada á los hijos del Zebedeo, y es la mezcla de conciencia de su elevación y de su humildad; Jesús sabía que era el Mesías, y á pesar de esto deja á Dios el cuidado de destinar los puestos en el reino del cielo á los que elija. La pretensión de los hijos del Zebedeo produjo, como es natural, una gran agitación entre los demás discípulos, de los cuales algunos se creían con mejor derecho que aquellos á lo que pedían; pero Jesús calmó los ánimos excitados diciéndoles: «Sabeis que los príncipes de los gentiles dominan sobre ellos, y los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Mas entre vosotros no será así, sino el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor, y el que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo: como el hijo del hombre no vive para ser servido sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.» En estas pocas palabras se presenta Jesús como creador de una nueva civilización ideal. Diez y siete siglos pasaron todavía antes de que ocurriese á un príncipe llamarse el primer servidor de sus Estados; este fué un efecto de la idea de Jesús, y no es difícil demostrar como esta idea llegó, sin ser conocida como tal, hasta Federico el Grande. Los Papas desde Gregorio I, con arreglo á estas palabras de Jesús, se llamaron siervos de los siervos de Dios.

También ha sido trascendental la frase de Jesús de dar su vida para redimir á muchos, frase que ha dado lugar desde tiempos muy remotos á toda una mitología. Jesús la pronunció probablemente como resultante de otras ideas suscitadas en su mente por la convicción de la necesidad de su muerte, idea que encontramos en otras circunstancias con mas claridad.

Jesús pasó el Jordán por el vado cerca de Jericó, y cuando entró con los suyos en esta ciudad, se dice que el principal de los publicanos, llamado Zaqueo y hombre muy rico, se había subido á un árbol para verle. Jesús le recompensó

convirtió al hombre en bestia. Jesús nunca expuso semejante idea. (N. del T.)